¿Dónde está la religión verdadera?

Mons. Tihámer Tóth

¿DÓNDE ESTÁ LA RELIGIÓN VERDADERA?

Mons. Tihámer Tóth

En 1911 el Dr. ALBERTO VON RUVILLE, catedrático de la universidad protestante de Halle, abrazó la religión católica. Se trataba de un prestigioso profesor que después de una profundo estudio de discernimiento llegó a la Iglesia católica; un testimonio que para nosotros vale más que toda una serie de libros apologéticos; un hombre de encumbrada posición, que al dar este paso no le importó arriesgar su cátedra en una universidad protestante. Después de clarificar muchas dudas que le salieron al paso en su camino hacia la verdad, al final estaba convencido de que la había encontrado. Y fruto de su conversión al catolicismo son los dos libros en los que expuso las razones que le movieron a dar tan decisivo paso: *Volver a la Iglesia Católica*, y *La señal del anillo verdadero*.

En ellos el autor ofrece una guía segura a todas aquellas almas que desean conocer dónde se encuentra la religión verdadera. Que es posible encontrarla, lo prueba el paso que él ha dado. Por supuesto, esto contradice la idea de que una religión es tan buena como cualquier otra, que en ésta hay tanta parte de verdad como en aquélla, que no podemos saber dónde se encuentra la verdad completa. Naturalmente, muchos prefieren esta última forma de pensar, mucho más comodona, que no exige ningún esfuerzo. Pero si la verdad es una, no puede haber más que una sola religión verdadera. Y la religión que posee la verdad debe tener alguna propiedad que no se encuentra en las otras religiones.

El sello de la religión verdadera: la humildad

Ruville afirma que hay una virtud que nos puede servir de señal cierta para conocer cuál es la religión verdadera: la humildad. Humildad, que no es la pusilanimidad del débil e impotente frente al fuerte, sino prontitud amorosa y alegría en el servicio de los demás, negarse a sí mismo por hacer bien a los demás; esa humildad, que el mundo tacha injustamente de debilidad, cuando es la fuente de la más asombrosa actividad; una humildad que ciertamente nos obliga a mirar hacia el suelo, reconociendo que del polvo fuimos formados y al polvo volveremos, pero que también nos dispone a recibir esperanzados la gracia de Dios, que nos da fuerzas para poder cumplir con nuestros propios deberes y para trabajar en provecho del prójimo.

Adán, antes de la caída, conocía claramente a Dios, porque era humilde. Pero el orgullo, la primera manifestación de la soberbia humana, fue la causa de que Adán no pudiera legar a sus descendientes ese conocimiento tan claro de Dios.

Después de la caída este conocimiento de Dios se ha transmitido de padres a hijos, pero se ha ido oscureciendo progresivamente de generación en generación, alejándose de la verdad plena; solamente el pueblo escogido supo conservar este conocimiento en toda su pureza, gracias a los profetas que Dios le enviaba. Estos profetas no exigían para sí honores reales, no pedían homenaje para sus personas; solamente por obediencia abrazaban la misión que Dios les había señalado. Eran humildes. Nunca se presentaron como fundadores de una religión nueva. En verdad, un hombre no puede fundar la religión verdadera, porque éste, por el solo hecho de intentarlo, sobresaldría sobre la masa, y sería derrotado rápidamente por el enemigo del humano linaje, el orgullo, haciendo que su humildad, aun en el mejor de los casos, no fuese más que mera apariencia. Solamente quien no ha tenido que alzarse sobre los hombres, sino al contrario, bajar a ellos, ha podido fundar la religión verdadera.

Solamente Dios puede exigir que respetemos sus derechos y acatemos todas sus disposiciones; únicamente Él puede enseñar con toda seguridad las verdades eternas; solamente Jesucristo, Dios y hombre verdaderos, ha podido darnos ejemplo de humildad aun cuando estaba infinitamente por encima de nosotros. Y nos da ejemplo de humildad porque Dios es humilde.

De modo que por una gracia especialísima de Dios, enviándonos a su Hijo, conoció nuevamente la Humanidad la religión verdadera.

¡Pero también conoció el primer hombre la religión verdadera, y la perdió! ¿No nos podría haber pasado lo mismo? Es lo que nos hubiese ocurrido si Cristo no se hubiese preocupado de poner los medios para que la pureza de su doctrina no se ensombreciese nunca. Es lo que le hubiese pasado a la Iglesia si Jesucristo no hubiese prometido a sus apóstoles la asistencia del Espíritu Santo. Así comenzó a propagarse la Iglesia, tras recibir la efusión del Espíritu Santo en Pentecostés, estando en oración reunidos con la Virgen María.

Historia de la Iglesia, historia de humildad

Pasemos revista a la historia de la Iglesia a través de los siglos: por todas partes encontraremos el sello de la humildad, el de la obediencia. Esta marca imborrable la encontramos no solamente en el interior de las catacumbas, sino en todos los siglos de la Iglesia, incluso en aquellas épocas en que algunos prelados o mandatarios de la Iglesia fueron presa del antiguo enemigo: la soberbia, el orgullo.

Porque la soberbia no ha dormido nunca. Apenas se hubo alejado el Señor de sus apóstoles, se presentó el enemigo, y emprendió una dura lucha contra la humildad. Y desde entonces prosigue su combate. La primera forma de infiltrarse en la Iglesia fue a través del *gnosticismo*, resultado de aquella soberbia que menospreciaba las doctrinas de la Iglesia y se arrogaba el derecho de reformar arbitrariamente las doctrinas de Cristo. La

Iglesia pronunció el *non possumus* —no podemos—, y la humildad de los obispos triunfó sobre la soberbia.

La fuerza de las herejías posteriores se quebrantó también por la misma virtud. Porque a medida que iban aumentando las falsas doctrinas en proporción al número de los fieles, todos se dieron cuenta que era imposible conservar intacto el Evangelio de Cristo, si no había en la Iglesia un poder cuya orientación tuviera que seguirse en todos los puntos dudosos. Esta consideración influyó en la mayor estima del primado fundado por Cristo; insignes prelados de la Iglesia se inclinaron con toda humildad ante las disposiciones del Papa, y se fraguó la frase que atestigua la humildad de la Iglesia: *Ubi Roma, ibi Ecclesia*. Donde está Roma, allí está la Iglesia.

En cambio, donde se extinguió la virtud de la humildad, allí triunfaron las falsas doctrinas. Por mucho que los cismáticos griegos quieran hermosear las cosas, por más que vayan enumerando con diligencia las diferencias dogmáticas, nunca podrán negar que la causa principal del cisma oriental fue la falta de humildad, el orgullo de los patriarcas constantinopolitanos, que chocaba abiertamente con los esfuerzos de Roma por conservar la unidad.

Precisamente por ser ésta la verdadera causa del cisma, puede alentar la esperanza de que si se llega a quebrantarse esta soberbia al considerar las tristes experiencias de la Historia, no se resistirán ya nuestros hermanos orientales a la idea de volver a la unidad de la Iglesia. «¡Pero no lo han hecho hasta ahora!» —puede objetar alguno—. Realmente, no lo han hecho; pero no olvidemos que la historia de la Iglesia no se mide por decenios, sino por milenios, por lo menos.

Protestantismo: el triunfo de la soberbia

Jamás cantó victoria con voz tan estentórea el orgullo humano como en la falsa Reforma. Ruville dedica un capitulo entero a este tema, bajo el título de «El triunfo de la soberbia».

Sabia muy bien el Fundador divino de la religión verdadera que solamente podría defender la pureza de su doctrina contra las tergiversaciones humanas, poniendo en la Iglesia un magisterio de autoridad absoluta y asegurándole la asistencia continua del Espíritu Santo. Mas precisamente contra esa autoridad —que exige una obediencia incondicional, una humildad verdadera— dirigió sus mayores ataques el orgullo humano, cuando esa autoridad le impidió juzgar a su antojo las cuestiones sobrenaturales. Estos falsos reformadores han repetido continuamente que ellos únicamente quisieron purificar la Iglesia de los abusos que en ella se habían infiltrado. Pero al abandonar el único fundamento, la humildad, acaban contradiciéndose: rechazan la autoridad de Pedro, y se proclaman a sí mismos como única fuente de autoridad; se dan leyes a sí mismos, interpretan la Biblia cada cual a su antojo, y se vanaglorian de que son iluminados directamente por Dios. Ya sabemos a qué grandes desatinos les ha llevado…. a una multitud de iglesias y de doctrinas diferentes.

Entre los protestantes es objeto de befa continua la doctrina de la infalibilidad del Papa. Pero, ¿qué viene, a ser esa infalibilidad, la infalibilidad del Pontífice, que pronuncia en casos extraordinarios, con suma circunspección, algunas frases de valor perenne, irrevocables, comparadas con la infalibilidad que Lutero se atribuía, cuando, abandonando la tradición, pregonó atrevidamente todo un cúmulo de doctrinas nuevas, y fue formando a capricho sus dogmas, destruyendo y edificando como le daba la gana? Y a esto es lo que él llama «depuración» y «limpieza».

Un trabajo en que el hombre —rechazando orgullosamente la fe que se fue explicitando en el *Credo* de los cristianos a través de los siglos—, quiere determinar con su mezquina y limitada razón qué es lo recto y qué es lo erróneo en las verdades religiosas, qué es lo que ha de suprimirse en ellas y qué es lo que se ha de guardar..., no puede pretender el nombre de «Reforma». El trabajo de los reformadores ha sido ilegítimo —escribe Ruville—, y una manifestación muy expresiva de su

propia arrogancia; ha sido un trabajo meramente humano; cada una de sus doctrinas lleva la marca de su autor, de su vida y de sus mezquindades, y, con todo, esas doctrinas fueron consideradas como las únicas doctrinas salvadoras, como la restauración de la única fe verdadera.

Que su trabajo ha sido desacertado, lo va demostrando cada día con mayor claridad la Historia. Del árbol rebosante de vida se desgajó una rama, y de la rama separada va secándose, ahora una hoja, ahora otra; quedando apenas puntos de fe que todos los protestantes estén obligados a reconocer. Esta es la explicación del odio que tienen los protestantes, aun los buenos, a los católicos. Y es que los protestantes son mucho más católicos de lo que sospechan ellos mismos; lo que todavía creen firmemente es lo que ha quedado de catolicismo entre ellos; lo demás son simples suposiciones humanas respecto de las cuestiones religiosas. Les repugna tanto la religión católica, porque creen que el catolicismo quiere despojarlos de las verdades de fe que tanto han guardado con celo, y que ellos consideran exclusivamente «evangélicas», cuando, en realidad, todas esas doctrinas se encuentran en nuestro *Credo*.

Donde hay orgullo no busques la religión verdadera; ésta ha de ser la religión de la humildad, y la humildad no brilla en las confesiones cristianas separadas de la religión católica.

La humildad en el catolicismo

Con esto hemos llegado a otra cuestión de gran importancia. En el catolicismo, ¿encontramos de veras la humildad?

Acto de suma humildad es ya el nacimiento del Fundador, el nacimiento del Hijo de Dios; y esta humildad le acompañó durante toda su vida mortal, que fue consecuencia de la obediencia incondicional del Hijo y de su humilde inclinación a la voluntad del Padre. Y no le bastó a Jesús la humildad continua de treinta y tres años, sino que quiso quedarse con nosotros hasta el final del mundo en un estado oculto, el más humilde: en la Santísima Eucaristía.

Cristo fue humilde ante su Padre. Los sacerdotes de la Iglesia católica son humildes ante Cristo. Durante estos dos mil años de cristianismo, todos los miembros de la Iglesia docente, todos los obispos, todos los Concilios, todos los pontífices han abrazado con humildad las doctrinas predicadas por sus antecesores; y así, nunca se ha roto la relación con Cristo, de quien recibió la Iglesia su misión. Cada sacerdote católico sujeta su propia voluntad a la voluntad de Cristo; enseña tan sólo lo que Cristo enseñó, sabiendo que, de lo contrario, se haría reo de infidelidad y traición a la propia palabra. Frente a esta profunda humildad y obediencia de la jerarquía católica, ¿qué humildad encontramos entre los protestantes, cuyas doctrinas van cambiando según los pastores? ¿Qué obediencia puede haber, cuando no hay a quien obedecer?

Cristo fue humilde; humildes son los sacerdotes. Humilde fue también la Madre de Dios, María, tan querida por los fieles católicos. Su acto de mayor humildad no fue el no engreírse de su extraordinario encumbramiento, sino el de reconocer en el fruto de su propio seno al Hijo de Dios, a su Señor omnipotente, y adorarle. Y porque María es modelo perfecto de humildad, los católicos, al venerarla con devoción profunda, dan testimonio del carácter humilde de su religión. Los protestantes no rinden culto a María ni pueden rendírselo, porque para tener una sincera devoción mariana se necesita tener una fe inquebrantable en la divinidad del Hijo de la Virgen, y un gran espíritu de humildad: *He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu Palabra.* Por el contrario, a pesar de las mejores intenciones difícilmente se podrá ser humilde en el protestantismo, porque la misma religión obliga, diríamos, a seguir la propia razón en las más importantes verdades de fe, en vez de, como la Virgen, fiarse de la Palabra de Dios. Es lógico así, que para tal forma de pensar no tenga cabida el culto mariano.

Los fieles católicos, en cambio, tratan de vivir el espíritu de humildad de María. Así como ella reconoció en el fruto de sus entrañas al Hijo de Dios, también ellos están dispuestos a rechazar el testimonio de los sentidos y postrarse ante el

Redentor oculto en la Sagrada Hostia. Las genuflexiones, la señal de la cruz, el uso del agua bendita, toda la vida religiosa de los creyentes católicos son otros signos manifiestos del espíritu de humildad. Toda la vida espiritual católica se fundamenta en la humildad.

Los protestantes tildan de simples exterioridades nuestras devociones; pero, en el fondo, nos envidian. Les molesta también esa humildad con que se acercan los fieles al sacerdote católico. «Hemos de humillarnos ante Dios —dicen—, pero no ante un hombre pecador.» Tenéis razón —contesta Ruville—, hemos de humillarnos, pero no ante el pastor protestante, que recibió de un hombre su misión; sí hemos de humillarnos ante el sacerdote católico, en quien los fieles ven, no solamente al hombre, sino a Dios, que le ha investido de su poder. ¿Y qué decir de la humillación que exige a todo católico —desde el más humilde hasta el Papa— la Santa Confesión?

También en la teología es humilde la Iglesia católica. Si nos falta esta virtud, no esperemos adelantar en el conocimiento de las verdades religiosas. Solamente quien es humilde podrá hacer estudios de teología con imparcialidad, sin prejuicios. De ahí que no puedan trabajar de esta forma los protestantes. ¿Por qué tratan con tanto afán de suprimir en la Sagrada Escritura todo elemento milagroso? Porque no creen de verdad en la omnipotencia de Dios, que puede hacerlos. ¿Por qué tratan de manipular la historia de la primitiva Iglesia, interpretándola a su antojo para que concuerde con sus propias doctrinas, y silenciando lo que no concuerda? Porque les cuesta reconocer que están equivocados.

Tenemos un caso elocuente: la conversión de Ruville, que los protestantes tratan de interpretar torcidamente. Las explicaciones que dan son inagotables:

Atavismo y nada más —dice uno—; sus ascendientes fueron católicos, y ahora se ha manifestado en su vástago la nostalgia del catolicismo. De ninguna manera —opina otro—; la influencia católica, y, principalmente, la astucia de los jesuitas le hicieron

caer en la trampa[1]. No sucedió así —dice el tercero—; el brillo exterior de las ceremonias católicas le deslumbró, y él no supo apreciar nuestra sencillez puritana. Tampoco —exclama el cuarto—; lo que hay es que Ruville fue militar, y por esto se enamoró de esa obediencia ciega que hay entre los católicos. Yo he dado con el clavo —dice él quinto—; Ruville padece pereza de pensar, no quiere la noble libertad del pensamiento que rige entre los protestantes, y, a modo de siervo, se ha confiado a la dirección de Roma. Y así prosiguen sin terminar nunca las conjeturas.

Pero ningún crítico protestante ha pensado —tal como confiesa Ruville— que si hubo en su vida una ocasión en que el auxilio de la divina gracia desempeñó un papel preponderante, fue precisamente en este paso trascendental de su vida.

Iglesia humilde por ser perseguida

Pongamos en el cuadro la última pincelada: la Iglesia es humilde también *en la lucha*. Su historia ha sido y será una lucha continua, según lo predijo Cristo a la Iglesia que Él fundó, es decir, a la Iglesia verdadera. De modo que esta lucha continua es también una señal de la religión verdadera. Siempre se tuvo que luchar, muchas veces aun con aquellos cuya religión también se funda en la divinidad de Cristo; con los que se

---

[1] «Por desgracia, antes de mi conversión no tuve la suerte de conocer un solo Padre jesuita», contesta RUVILLE. Además, ya en su primer libro expuso que no se encontraba bajo la influencia católica; lo hizo constar porque ya entonces sospechaba que los protestantes atribuirían su conversión a esta causa. También merece mencionarse el hecho de que, a excepción de un familiar, nadie supo nada del primer libro de Ruville antes de publicarse. Solamente enseñó las pruebas a un sacerdote para que las expurgase de posibles tropiezos dogmáticos. Y ese sacerdote no hizo más que una sola modificación importante en el texto. ¿Cuál fue ésta? Suprimir una invectiva demasiado fuerte contra Lutero.

postran ante el Hijo de Dios, pero han declarado la guerra a la Iglesia, porque Cristo no la fundó según ellos la deseaban. Estos se parecen a los miembros del Sanedrín, que se humillaban hasta el polvo ante el Mesías, mas crucificaron al Mesías llegado, y le crucificaron porque no vino así como se lo imaginaba la vanidad humana.

En medio de esta lucha se encuentra la Iglesia humilde. Pero, ¿puede estar en lucha la humildad? Sin duda. Los sacerdotes católicos predican fielmente las doctrinas de Cristo, aunque por ello sean objeto del mayor desprecio; firmemente tratan de mantener la pureza de las mismas; bien saben que de nada serviría aumentar el número de los católicos si tal aumento tuviera que pagarse con la mengua de la fe. También son humildes los simples fieles, quienes soportan con gozo los ultrajes con que los cubre el mundo por tratar de ser coherentes con la fe que profesan.

No hay confesión cristiana que, en punto a humildad, pueda competir con el catolicismo; por consiguiente, no hay que buscar fuera del catolicismo la religión verdadera. Si lo comprendemos, si comprendemos que solamente en el catolicismo está la verdad, veremos bajo una nueva luz toda la historia de la Iglesia, y en muchas decisiones, que nos parecen extrañas, por su severidad o aspereza —cosas que hasta ahora quizá atribuíamos a la parcialidad e intolerancia— descubriremos la fuerza inspiradora de la verdad.

No lo dudes: si tienes humildad y buena voluntad, llegarás con la ayuda de Dios a la verdad, sea cual fuere el punto en que actualmente te halles.

Es posible que entres en una confesión protestante; pero, a medida que vayas construyendo el edificio de la fe, decidirás salir de esa confesión. Te irás dando cuenta que la religión verdadera necesariamente ha de tener un origen divino, y que no puede hablarse de fundación divina allí donde hay tantas doctrinas encontradas, tantas sectas, cada una pregonando sus propias doctrinas cubiertas con ropaje cristiano.

El protestantismo permite grandes vaivenes en la forma de pensar de sus ministros, pero solamente... hacia la izquierda. ¿Por qué cierra el camino a los que quieren volverse hacia la derecha, hacia el catolicismo?

El protestantismo no puede satisfacer las aspiraciones del alma, que anhela la verdad plena. A muchos protestantes no les basta su religión, anhelan cosas más grandes y no pueden hallarlas. ¿Por qué? Porque en la infancia se les inculcó la idea de que la Iglesia católica —la única en la cual podrían encontrar la verdad— es un obstáculo para su salvación, por ser según ellos una «institución nefasta». Hay que vencer este prejuicio, aunque sea costoso; quien lo venza tendrá el camino libre y fácil para conocer de verdad a la Iglesia católica, la única Iglesia verdadera, que lo es por el espíritu de humildad que la anima.

Con estos edificantes pensamientos termina sus libros Ruville, libros que vienen a ser una apología conmovedora y asaz original de la verdad de la Iglesia católica.

Ruville recomienda a las almas que buscan la verdad, que tengan confianza y perseveren en su búsqueda. Nosotros no podemos desear cosa mejor que ésta: que cada día haya más hombres cultos y de corazón recto, como Ruville. Su conversión es una nueva prueba de que el catolicismo no tiene qué temer de la verdadera ciencia ni de los hombres que buscan con la razón y de corazón la verdad. Nosotros no tenemos más que dos enemigos: la frialdad de los indiferentes y la ignorancia malintencionada de los fanfarrones que se consideran sabios. El sabio verdadero sabrá encontrar en el catolicismo la única religión verdadera.

Fuente: Capítulo I del libro *ENSEÑAD A TODAS LAS GENTES*, de Monseñor Tihámer Tóth. El título original del capítulo se denomina: *¿Dónde está el verdadero anillo?* Resumen adaptado por Alberto Zuñiga Croxatto.